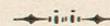




LIBRO III.

LA MUJER.



Dá oídos, hija gentil del amor, á las instrucciones de la Prudencia, y deja que los preceptos de la verdad se arraiguen en tu corazón. Así lograrás que las gracias de tu imaginación añadan lustre á las de tus formas; y tu belleza, semejante á la rosa, conservará su aroma, aun cuando se marchite la flor.

En la primavera de tu juventud, en la mañana de tus días, cuando las miradas de los hombres se fijan en tí con deleite. ¡ Ah! escucha con cautela sus palabras seductoras; guarda bien tu corazón y desoye sus pérfidas incitaciones. Recuerda que has sido creada para ser la compa-

Moral de la Vida Humana.

5

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ñera razonable del hombre, y no la esclava de su pasión. El fin que te ha sido asignado es el de ayudarle en los trabajos de su vida, endulzarlos con tu ternura, y recompensar su amor con tus cariñosos cuidados.

¿Quién es la que domina el corazón del hombre, lo subyuga con su amor y reina en su pecho?

¡Miradla! aparece caminando con la serenidad de una doncella, con la inocencia en su mente y la modestia en su semblante.

Su mano busca en que ocuparse; sus pies no se inclinan á vagar sin objeto.

Se viste con limpieza, se alimenta con templanza, la humildad y la dulzura forman una corona de gloria que circunda su cabeza.

Su lenguaje es como una música; la miel brota de sus labios.

La decencia se muestra en todas sus palabras; la verdad y la suavidad en todas sus respuestas. La sumisión y la obediencia son las lecciones que enseña; la paz y la felicidad de su vida son su recompensa.

Camina con la Prudencia, asida su mano derecha de la Virtud.

Sus miradas son de dulzura y amor; pero la discreción, como una corona, ciñe su frente.

El licencioso enmudece en su presencia; el respeto á su virtud le obliga á permanecer callado.

Cuando el escándalo se agita y la fama de su vecino corre de boca en boca, si la caridad y benevolencia no abren sus labios, el dedo del silencio los tiene enmudecidos.

Su pecho es la mansión de la bondad y por eso no supone el mal en los demás.

Dichoso el hombre que haga de ella su Esposa; feliz el niño que la pueda llamar Madre.

Preside en el hogar y allí reina la Paz; manda con discreción y es obedecida.

Se levanta temprano, se ocupa de sus quehaceres y señala á cada uno el que le corresponde.

El cuidado de su familia forma toda su delicia; á ello aplica todas sus facul-

tades, y la elegancia con la frugalidad residen en su casa.

La prudencia de su administracion es una honra para su esposo, y él oye sus alabanzas en silenciosa complacencia. Ella forma las inteligencias de sus hijos con la sabiduría, y amolda sus costumbres y maneras con el ejemplo de su propia bondad.

La palabra de su boca es la ley de su prole; su simple mirada impone la obediencia. Habla y sus criados vuelan para obedecerla; indica ó señala y las cosas se ejecutan.

Porque la ley del amor los domina á todos; su bondad hace que tengan alas en los pies.

En la prosperidad nunca se enorgullece, en la adversidad cura las heridas de la Fortuna con paciencia.

Las congojas de su esposo se alijeran con sus consejos y se suavizan con sus cariños; reposa su cabeza en su seno y se siente consolado.

Feliz el hombre que hizo de ella su Esposa; feliz el niño que la llama Madre.



LIBRO IV.
PARENTESCO Ó RELACIONES
NATURALES



CAPITULO I.
EL ESPOSO.

Toma una esposa para tí y obedece lo ordenado por Dios. Toma una esposa para tí y hazte un miembro útil á la sociedad.

Pero piénsalo bien y no obres de ligero; de la eleccion que hagas depende tu futura dicha y la de tu posteridad.

Si desperdicia mucho tiempo en vestirse y adornarse, si está enamorada de su propia hermosura y encantada con sus propias alabanzas, si rie mucho y habla recio, si sus pies no moran en la casa

de sus padres y sus ojos se fijan atrevidos en las caras de los hombres; aunque su hermosura fuera como es el sol para el firmamento de los cielos, retira tu vista de sus encantos, aleja tus pasos de su sendero y no sufras que tu alma se deje encadenar por los halagos de tu imaginación.

Pero cuando encuentres sensibilidad de corazón unida con la suavidad de las maneras, una mente llena con formas agradables á tu modo de ser, llévala bajo tu techo y á tu hogar; ella es digna de ser tu amiga, tu compañera en la vida, la esposa de tu corazón.

¡Oh! quiérela como una bendición que te envía el cielo; que la bondad de tu conducta te haga dueño de ella.

Ella es la Señora de tu casa; trátala con respeto para que tus sirvientes la obedezcan en todo.

No te opongas á sus inclinaciones sin motivo; ella está asociada á todas tus penas, — házla igualmente la compañera de tus placeres.

Reprende sus faltas con cariño; nunca exijas su obediencia con rigor.

Confía tus secretos en su pecho; sus consejos son sinceros, nunca serás engañado por ellos.

Consérvale siempre fidelidad, porque ella es la Madre de tus hijos. Cuando el dolor y la enfermedad la asalten suaviza sus penas con tu ternura; una sola mirada tuya llena de piedad y amor mitigará sus sufrimientos y aliviará sus dolores mejor que la asistencia de diez médicos. Considera la delicadeza de su sexo, la debilidad de su organización; y nunca seas severo para juzgar sus imperfecciones pues debes tener presentes las que te son propias.

— ❧ —
CAPITULO II.

EL PADRE.

Considera, tú que eres padre, la importancia de tu misión; tienes el deber de sostener al ser que has producido.

De tí solo dependerá que el hijo de tus entrañas sea una bendición ó una

desgracia para ti, un miembro útil ó despreciable para la comunidad.

Prepáralo con temprana instruccion y sazona su mente con las máximas de la verdad.

Vigila las tendencias de sus inclinaciones, enderézalo en su juventud, y no permitas que los malos hábitos se desarrollen con sus años.

Asi se elevará como el cedro en la montaña; su cabeza se alzará como los árboles de la floresta.

Un hijo malvado es un reproche para su padre; pero el hijo bueno honra sus cabellos blancos.

El terreno es tuyo; haz que no le falte el cultivo; la semilla que siembres será la que coseches.

Enséñale la obediencia y te bendecirá; enséñale la modestia y nunca se verá avergonzado.

Enséñale la gratitud y recibirá beneficios; enséñale la caridad y se atraerá el amor.

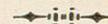
Enséñale la templanza y tendrá salud;

enséñale la prudencia y la fortuna le acompañará.

Enséñale la diligencia y aumentará su riqueza; enséñale la benevolencia y su mente se elevará.

Enséñale la ciencia y su vida será útil; enséñale la religion y su muerte será feliz.

Enséñale la justicia y será respetado en el mundo; enséñale la sinceridad y su propio corazon no le reprochará nada.



CAPITULO III.

EL HIJO.

De las obras de Dios debe aprender el hombre la sabiduría, aplicándose á si mismo la instruccion que de ellas se deriva.

Vé al desierto, hijo mio, - observa á la joven cigüeña en el desierto, - que ella hable á tu corazon. Lleva sobre sus alas á su anciano padre, lo coloca en seguridad y le procura su alimento.

La piedad de un hijo es mas grata que

el incienso de Persia ofrecido al Sol; aún más delicioso que los perfumes que se desprenden de un campo de especies de la Arabia llevados en alas del viento del Occidente.

Sé agradecido, pues, con tu padre porque el te dió la vida; y con tu madre que te sustentó.

Oye las palabras de su boca porque son pronunciadas para tu bien; escucha sus amonestaciones porque proceden de su amor.

Al que ha velado por tu dicha y bienestar, al que ha trabajado por tus comodidades, debes tributarle honores en su avanzada edad, y no veas nunca con irreverencia sus cabellos canos.

Piensa en tu inútil infancia, en la petulancia de tu juventud y tolera los defectos de tus padres ancianos; ayúdalos y sosténlos en la declinacion de sus días.

Así reposarán tranquilas sus encanecidas cabezas en la tumba; y tus propios hijos, reverenciando tu ejemplo, recompensarán tu piedad pagándote con su amor filial.

CAPITULO IV.

LOS HERMANOS.

Vosotros sois los hijos de un mismo Padre, alimentados por sus cuidados, y nutridos por el seno de vuestra Madre.

Haced pues que los lazos del afecto os unan entre sí, para que la paz reine en la morada de vuestros padres.

Y cuando os separeis en el mundo, recordad siempre el parentesco que os liga para amaros y uniros; no deis la preferencia á un extraño sobre los de vuestra propia sangre.

Si tu hermano se encuentra en la adversidad, ayúdalos; si tu hermana tiene dificultades, no la abandones.

Así harás que la fortuna de tus padres contribuya á sostener toda su descendencia, y sus cuidados continuarán amparando y protegiendo á todos los que el amor ha unido entre sí.

